

ABRAHAM REYES, UNA VIDA EJEMPLAR

*de paradigma del emigrante del campo a la ciudad,
a paradigma de la entrega personal a la virgen, a Dios
y a los pobres¹*

Pedro Trigo, SJ*

Resumen: Creemos que la vida de Abraham Reyes puede dividirse en dos partes: en la primera vivió como miembro de los conjuntos a los que pertenecía en un intercambio simbiótico con familiares, vecinos y compañeros. Ahora bien, ese intercambio simbiótico como miembro de los conjuntos a los que pertenecía no fue meramente conductista, anónimo, como uno de tantos, sino realmente personalizado: un miembro específico, este miembro concreto que daba lo mejor de sí. En la segunda parte, que se inicia con su sanación y se concreta años después al entrar en la Legión de María y al entregar su casa para que nazca Fe y Alegría, aunque sigue conviviendo y más personalizadoramente que antes como miembro de los conjuntos a los que se siente perteneciendo, la relación personal tiene la voz cantante, tanto con la Virgen, como con Dios, con Jesús de Nazaret y con los seres humanos, una relación que lo va definiendo a él y que resulta fecunda para otros.

Palabras clave: intercambio simbiótico, relación personalizadora, Jesús de Nazaret, Virgen María, los pobres, cultura suburbana.

Abstract: We believe that the life of Abraham Reyes can be divided into two parts: in the first, he lived as a member of the groups to which he belonged in a symbiotic exchange with family, neighbors and colleagues. Now, this symbiotic exchange as a member of the groups to which he belonged was not merely behavioral, anonymous, like one of many, but really personalized: a specific member, this specific member who gave the best of himself. In the second part, which begins with his healing and takes shape years later when he entered the Legion of Mary and when he gave up his house so that Fe y Alegría was born, although he continues to live together and more personalized than before as a member of the groups to which that feels like belonging, the personal relationship has the upper hand, both with the Virgin, with God, with Jesus of Nazareth and with human beings, a relationship that defines him and that is fruitful for others.

Keywords: personalized symbiotic exchange, Jesus of Nazareth, Virgin Mary, the poor, suburban culture.

* Pedro Trigo, SJ, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de Teología en el ITER, Caracas. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de Teología. Es actualmente director del Departamento de Investigaciones del ITER.

-
1. En un encuentro reciente de profesores de postgrado del ITER se habló de la conveniencia para el postgrado de espiritualidad de tener modelos de nuestra tierra. Acogiendo esa idea, presentamos el presente artículo sobre Abraham Reyes, un modelo de santidad, además de un ejemplar consumado de los campesinos que se trasladaron a las ciudades y fundaron los barrios. En efecto, en la misa de los 65 años de Fe y Alegría el cardenal Porras anunció que la Conferencia Episcopal asume la causa de beatificación de Abraham Reyes.

1. EMIGRANTE PARADIGMÁTICO DEL CAMPO A LA CIUDAD

Paradigma significa literalmente ejemplar, o sea uno de los elementos de un conjunto, pero en la definición es un ejemplar especialmente ejemplar, es decir, representativo, significativo, valioso, de tal manera que para conocer ese conjunto es más concreto y diciente describir ese ejemplar, en nuestro caso contar esa historia, que hacer un tratado conceptual sobre el tema. Es lo que vamos a mostrar.

Abraham Reyes nació en un campo y se trasladó a la ciudad, aunque no vivió en ella sino en un barrio. La vida de Abraham sigue, pues, la trayectoria que daría la pauta en América Latina y más aún en Venezuela, uno de los países más urbanizados del continente. De este contingente de campesinos dice el antropólogo peruano Matos Mar, que acompañó este éxodo reflexivamente en su país, Perú, durante más de cincuenta años, desde fin de los años cuarenta del siglo pasado hasta la primera década de éste, que fue tal su empuje histórico y su creatividad que el Estado y las élites no estuvieron a la altura de estos campesinos pobladores de barrios y fundadores de la cultura suburbana².

Creemos que Abraham Reyes es un ejemplar especialmente ejemplar, representativo, modélico, un verdadero paradigma, de este inmenso grupo humano que dio origen a la moderna América Latina, así como las migraciones de los pueblos nórdicos y orientales dieron lugar en la temprana Edad Media a Europa.

Su vida de niño y muchacho campesino: conviviente, digno, proactivo y pobre

Nace en la sierra de Churuguara entre Lara y Falcón. “Nací el 15 de marzo de 1915³. Vengo de una región del país, Los Dos Caminos, entre Falcón y Lara, puro cardón y tuna. Me crié en Santa Cruz de Bucaral, un pueblito muy pobre”⁴. “Éramos ocho hermanos”. La gente “tenía su conuco donde sem-

-
2. Perú: *El Estado desbordado y sociedad nacional emergente*. Universidad del Pacífico, Lima 2012
 3. En el mundo campesino, sobre todo en esos tiempos, las fechas que se recuerdan o mencionan no siempre son tan precisas como acostumbramos en nuestra vida moderna... Por ejemplo, en la entrevista que concedió a Antonio Pérez Esclarín (*Raíces de Fe y Alegría. Testimonios, Fe y Alegría, Caracas 1999*) afirma que nació el 15 de marzo de 1915; en otra entrevista, con Ignacio Marquín, afirma que nació en 1912; en la conversación que tuvimos (dice Joseba Lazcano) con su hija Nancy, esta afirma que su papá nació 17 de marzo de 1917
 4. Los documentos en que nos hemos apoyado son tres entrevistas: a Antonio Pérez Esclarín, a Ignacio Marquín y otra, cuyo nombre ignoramos. Los audios están en Fe y Alegría. Además, están los testimonios de José María Vélaz, el fundador de Fe y Alegría, que es personaje de esta historia, su hermano José Manuel Vélaz, que le sucedió como Director de Fe y Alegría, Jesús Martínez, párroco de Jesús Obrero donde Abraham participó no sólo como feligrés sino como de la Legión de María y como diácono, y Antonio Pérez Esclarín, que vivió en la comunidad de Jesús Obrero por esas fechas y lo conoció personalmente. Estos documentos están en proceso de publicación y disponibles para el público y esperamos que cuando salga este artículo se encontrarán más asequibles.

braba y tenía sus animalitos en la casa con los que se iba remediando”. Por eso se considera un campesino: “Éramos una familia muy pobre, campesinos; como todos, yo soy campesino”. Le parece que su familia y sus vecinos estaban llenos de valores y señala especialmente el compartir y la ayuda mutua, la solidaridad: “Yo crecí, pues, como campesino, y a mucha honra, porque el campesino tiene grandes valores. Allí, en mi pueblo, cuando alguien mataba una res o un cochino, enviaba una parte a los vecinos. Y si había que levantar una casa, ayudaban todos”. “Había una gran armonía donde todos compartían. Y, cuando se iba a hacer una casita, había un grupo que ayudaba a construir la casa”.

Pero la realidad es que, a pesar de que la pobreza compartida era más llevadera y sobre todo humanizadora, el hecho macizo es que eran muy pobres. Por eso él tuvo que trabajar desde niño ayudando a su papá, que murió muy pronto, cuando él tenía siete años: “yo ayudaba a mi papá en sus labores, hasta los siete años, que murió. Así, de chiquitito, yo nunca he jugado, huérfano; solamente mi mamá me crió”. También van muriendo seis hermanos y otros se van: “Casi todos murieron; sólo quedo yo y una hermana que está en Barquisimeto”. Queda solo con su mamá.

Aprende la convivencia, las costumbres y los oficios. Pero no hay aprendizaje formal. No hay escuela (“no había escuela. Había un maestro, que daba clases, pero tomaba mucho aguardiente”), tampoco hay iglesia. “Yo no sabía nada de religión: solamente me había bautizado Monseñor Pellín, cuando era curita, un día que fue por allá. Ahí me bautizaron”. Su mamá era devota de la Virgen de la Chiquinquirá de Aregüe y esa relación con ella es, sobre todo, lo que tiene de religión: “Yo sabía que había un ser supremo. Más nada. Nosotros teníamos una devoción más o menos mariana. Para nosotros, la Virgen era algo como una madre, algo tan querido; tan sencilla, que uno le pedía. En aquella región era la Virgen de Chiquinquirá, que estaba en Aregüe (un pueblo de Lara), donde tenía un santuario, y siempre la familia tenía una hermana que era muy devota y siempre, todos los años, íbamos a visitarla. Y uno tenía esa devoción a la Virgen por deferencia, pero de padrenuestros y avemarías uno no sabía nada. En religión, cero”. Crece en la familia y en el caserío.

De niño comienza a trabajar, tanto en el conuco, como de jornalero, como vendiendo cosas de ambulante: “Yo también viví de llevar sal y papelón a los sitios donde se necesitaba, y allí se lo cambiaban a uno por granos, arroz, ca-raota, etc.”. “Yo trabajaba en esas labores del campo, trabajando en haciendas de café y trabajando en el comercio. Ya a los ocho años tenía que mantener a

mi mamá, vendiendo sal, papelón”. “Yo sembraba, enlazaba ganado, montaba a caballo. Era un muchacho fuerte, muy fuerte, y como a la edad de nueve años era ya un hombrecito porque papá murió y tuve que ayudar a mi mamá”.

Emigra a la ciudad con su mamá porque en el campo nativo no había vida; va abierto a lo que venga, pero sin dar la espalda a lo vivido

Nace, pues, en un pequeño caserío en una montaña. Considera que esa vida era muy pobre, pero muy humana. Cree que aprendió todo lo que tenía que aprender, convivió satisfactoriamente, incluso creció muy fuerte. Sin embargo, no tuvo niñez porque desde su más tierna infancia tuvo que ayudar a su familia. El problema que llevó a su madre a salir con él del pueblito donde vivían fue que habían muerto prematuramente su padre y todos sus hermanos que quedaron en el pueblo. La vida era humanizadora, pero no había vida. Se fueron para no morir. Se fueron porque, siendo una familia numerosa, se habían quedado solos la mamá y él. Así pues, no dejó a la espalda lo que vivió, pero se tuvo que ir para seguir viviendo. La gran ciudad más cercana era Barquisimeto, que entonces no era tan grande. Allí se fueron porque tenían familia.

Donde fue, siguió aprendiendo; pero no dio la espalda a sus primeros años porque no los consideró negativos. Lo que había vivido era el capital que llevaba. Eran actitudes básicas que le sirvieron para vivir proactivamente todo lo que le tocaría vivir. En ese sentido tendrá experiencias muy duras, pero no traumatizantes porque las podrá asumir y procesar positivamente. No seguirá siendo campesino porque lo que vaya viviendo lo configurará; pero al contar su vida sí podrá decir que él es campesino en cuanto que nació en el campo y en él adquirió su primera configuración a la que nunca renunció, aunque se enriquecería muchísimo y se transformaría profundamente.

Vivirá abierto a la ciudad, pero nunca dará la espalda ni al campo nativo ni al barrio en que vivió posteriormente. En ese sentido no será un marginado que vive tendiendo a lo de la ciudad, que no tiene y que para él es lo único valioso. Él vive en su medio, conviviendo profundamente, y desde sí como sujeto y considerando como tales a los demás. Siempre estuvo abierto a la ciudad, pero sin ningún complejo. Por el contrario, conviviendo también en ella desde lo que es y abierto a los intercambios.

Reclutado a la fuerza. Los catorce años de vida en el cuartel

Tenía 15 años. “Entonces me dijo mi mamá: ‘Mijo, aquí hemos enterrado a toda la familia; vámonos’. Empecé yo solo con mi mamá a visitar toda la

familia. Yo era el único hijo varón que estaba con ella, era el menor. El otro era tipógrafo y estaba en Barquisimeto; luego se vino a Caracas, y después se murió. Yo andaba con mi mamá para arriba y para abajo, yo era muy obediente". Se establecen en Barquisimeto.

Allí lo lleva la recluta: "y ahí caí yo reclutado en el Ejército". Tenía 15 años, que no era todavía la edad reglamentaria. "Yo no le dije que hablara por mí para sacarme"; "como era una dictadura..., usted sabe que en la dictadura hacen lo que quieren, y ahí no hay abogados ni se cumplen leyes ni derechos humanos. Eso es terrible".

Al año siguiente lo trasladan a Caracas. Estará 14 años en el cuartel san Carlos⁵. Los domingos los llevaban a la misa, pero como era en latín y no había homilía, no entendió nada ni se lo explicaron.

Cuando entró al cuartel era analfabeta: "En esa época casi todos éramos analfabetas. La persona instruida era privilegiada. Apenas sabíamos medio leer". Cuando empezó Medina "ahí se daba una clase a la una de la tarde". "Al que quería ascender un grado, lo mandaban a estudiar. Yo me puse a estudiar".

Así sintetiza él esta etapa de su vida: "Por todo, estuve sirviendo en el ejército catorce años. Eso era cuando el General Gómez. El país tenía cinco millones de habitantes y todo era un atraso; no había escuelas ni hospitales, no se podía hablar contra el Gobierno, a uno lo planeaban por cualquier cosa".

Así pues, al poco de llegar a Barquisimeto lo reclutan. Tenía quince años. Pasará en el cuartel catorce años, uno en Barquisimeto y el resto en Caracas, en el cuartel San Carlos. Era el tiempo de Gómez. Es la primera experiencia con el Estado ya que en el caserío no hacía acto de presencia ni llegaban apenas noticias. Para él fue indudablemente una injusticia porque no tenía edad para ser reclutado. Pero no le dijo a su mamá que tratara de sacarlo porque se hizo cargo de la discrecionalidad del poder dictatorial para el que no valen leyes ni abogados. Reconoce que "es terrible", "a uno lo planeaban por cualquier cosa". Pero, por lo que se ve, aceptó el hecho consumado y trató de vivir en eso, tan a contrapelo con todo lo vivido, de la manera más humana, como había aprendido a vivir. No parece que se le pegó ninguna actitud ni costumbre militar. Pero tampoco recuerda nada que lo amargara.

5. Cf la nota 2. La cifra que él da no casa con otras; por ejemplo, dice que se casó a los 23 años. En ese caso habría estado en el cuartel como siete años.

Es tremendo que de no conocer al Estado pasara a una experiencia tan drástica de su carácter dictatorial, que podemos decir que le secuestró su vida. Ni tenía tiempo para ser reclutado, ni era justo que el servicio militar durara tanto tiempo. Tampoco era justo que en el cuartel los mantuvieran en ese atraso con el que vinieron.

Dice que cuando llegó Medina Angarita mandaron a descansar a su casa a los que tenían mucho tiempo y a los que querían ascender los obligaban a estudiar. Él, no sabemos si para ascender o para saber algo, se puso a estudiar. Sí sabemos que tuvo buenas relaciones y las conservó porque cuando entró de vigilante al Hospital Militar dice que allí “me consiguió un montón de gente importante: militares de influencia que yo conocí”. Es decir, que ellos lo reconocieron y apoyaron. “Yo después fui auxiliar de farmacia. Como yo conocía a tanto militar, me consiguieron un trabajito en un Hospital Militar Naval”. Se ve que dejó un recuerdo grato en los que lo conocieron y convivieron con él. Por eso añade de su estadía en el hospital: “Allí me instruí mucho”.

Le tocó la cara peor de la dictadura, pero, no se amargó por ese atropello, ni se mimetizó aprovechándose de la situación. Con libertad liberada, la vivió desde lo mejor de él, sin ofender ni temer: conviviendo. Dice mucho de su entereza y de su vivacidad interior pasarse catorce años, su adolescencia y su primera juventud, en el cuartel, sin elegirlo él y sin su consentimiento y consciente de lo terrible de la situación y de su injusticia, y vivirlos humanizadamente.

El accidente mortal y el milagro que le cambia la vida

El cambio de rumbo comienza con un accidente y culmina con un acontecimiento extraordinario que dejará huellas profundas. El accidente fue que un cabo llanero al ponerle una vacuna intramuscular le llegó, por descuido o incompetencia, a la vena y lo infectó. Lo llevaron al hospital⁶ y empeoró hasta sentir que se moría. Él pedía a la Virgen que lo sanara. En la semiinconsciencia soñó (o, más exactamente, él sintió verla y oírla realmente) que la Virgen le traía una taza de sancocho, lo tomó y se sintió bien.

Así lo cuenta él: “Yo vi a la Virgen en un cardonal. Estaba preparando ella un sancocho de chivo, con leña. Entonces, ella les dijo a los que estaban ahí (era en un campo): ‘Yo voy a darle a Abraham, primero, esta taza de caldo porque tiene nueve meses que no come’. Me tomé mi taza de caldo y entonces

6. “Estuve yo hospitalizado en el Hospital Militar, donde está el Regimiento ese de Honor, ahí frente a Miraflores, ese edificio blanco que está hacia el oeste. Ahí había el Hospital Militar”.

yo me puse bueno milagrosamente y entonces fui y le dije a Ramón Pérez, uno de los que estaban allí, ‘Ramón, ¿cuánto tiempo tengo yo aquí’. Ramón me contestó: ‘tienes exactamente nueve meses’. Me vestí mi guerrera y me fui para San Carlos”. Todos estaban admirados y él comprendió que había sido un milagro.

Quedó agradecidísimo a la Virgen y comprendió que tenía que hacer algo significativo por ella. Eso se cumplió cuando años después se metió a la Legión de María y cuando le entregó el ranchito que había hecho para habitarlo él y su larga prole, para que se diera, primero catecismo y luego clase, a los muchachos del barrio. Es significativo que estuviera tantos años sabiendo que tenía que hacer algo relevante por la Virgen y esperando que se diera la ocasión para llevarlo a cabo. Cuando vino la ocasión le dijo: “Yo no puedo ir por allá, porque eso es muy lejos. Vamos a hacer una cosa. Yo me voy a quedar trabajando en la Legión de María, voy a trabajar mucho, me voy a portar bien, y tú vas a ganar, porque yo te llevo algo allá y se acabó. En cambio, aquí voy a trabajar”. “Fue entonces cuando comencé a hacer una casa y, cuando la hacía, me acordé de la Virgen y se la ofrecí a la Virgen de Chiquinquirá y recé un padrenuestro, que era lo único que yo sabía rezar entonces, para que aceptara la casa”. “Cuando el padre Vélaz aceptó mi casa para poner en ella una escuela, yo comprendí que era la Virgen quien la estaba aceptando. Y sentí una gran alegría”.

Del catolicismo popular, vivido personalmente, a la vivencia absolutamente personalizada de su fe, que fue la fraternidad cristiana

En este episodio culmina el modo como fue viviendo el catolicismo popular, del que la Conferencia de Puebla dice que es “una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (450) o una “fuerza activamente evangelizadora” “por estar ya evangelizada” (396). De niño dice que, fuera de saber que existía un Ser Supremo, no sabía nada más: ni el catecismo, ni las oraciones, ni lo que era la misa. La relación era con la Virgen, a la que veía como una madre, una persona sencilla, a la que se tenía confianza y con la que se hablaba. Se la inculcó su mamá y concretamente en su advocación de la Chiquinquirá que tenía su santuario en Aregue, en Lara y a la que visitaban todos los años.

Pues bien, que la relación era real se muestra en que, en ese trance, cuando la enfermedad avanzaba sin remedio, él le pidió la salud y sintió que ella se la concedió mediante una relación personal, bajada de su pedestal y estando en su medio campesino haciendo algo tan habitual y convivencial como un

sancocho. Si de estar semiconsciente y más bien inconsciente por la enfermedad terminal pasó a la salud completa después que sintió que se tomó esa taza de sancocho, por los efectos de esa relación, la curación instantánea, no se puede dudar que fue una relación real, hubiera sancocho o no. En este sentido su comprensión de que había sido un milagro fue correcta.

Esto no es tan fácil de admitir para los ilustrados, pero lo que es indudable es la secuencia de los hechos que narra y la consiguiente admiración de los testigos. Yo tendría que decir que mucha gente popular cuenta milagros que Dios les ha obrado y yo creo que bastantes relatos son creíbles y las consecuencias en los que los experimentaron, la consolidación en su humanidad, son un aval de la veracidad de lo que narran. Más aún, yo creo que es verdad que mucha gente vive de milagro, es decir, por la experiencia vivificadora de la relación actual de Dios con ellos. Y por eso esas personas, que apenas tienen con qué vivir, viven y viven proactivamente y con extraordinaria calidad humana. Por eso sí tenemos que tomar en serio este apunte biográfico de Abraham Reyes y considerarlo como un hito trascendente en la relación de María de Nazaret con él, a petición suya creyente.

Él creyó que debía responderla, no de un modo convencional, por ejemplo, llevándola flores a su santuario, sino también personalmente, como había actuado ella, y lo hizo entrando en una fraternidad en torno a ella y ofreciéndole la casa que había edificado durante tantos años con tanto esfuerzo. Al realizar estas correspondencias a su acción que le restituyó la vida, fue cambiando su vivencia del cristianismo, volviéndose informada, consciente y plena. Ello implicó que la fraternidad cristiana fuera moldeando su vida.

Como se ve, hasta aquí la institución eclesial no ha jugado ningún papel. Todavía antes de ser infectado con la vacuna podía afirmar: “Yo entonces de religión sabía muy poco. Uno nace, lo bautizan y más nada, por pura tradición”. Pero esa relación con María, a la que fue introducido por su familia, siendo algo tan específico y en cierto sentido lateral ya que era una devoción, no lo que se entendía como obligatorio para ser cristiano, al realizarse, sin embargo, de manera tan concreta y personalizada, de hecho, contenía implícita pero realmente lo demás y por eso cuando se fue dando, al ser introducido conscientemente al cristianismo, junto con la alegría de lo nuevo, se daba la connaturalidad en la asimilación.

Esto también puede ser entendido como que vivía dejándose llevar por el Espíritu de Jesús. Por eso, al ser introducido al conocimiento de él y de su Padre y a la relación personalizada con ellos, el Espíritu en él reconocía con alegría lo que se le decía, que por eso fue para él auténtica buena nueva.

Es fácil denigrar del catolicismo popular motejándole sus indudables carencias; pero no es tan fácil para un miembro de la institución eclesiástica, moldeado por su cultura, reconocer esa trasmisión horizontal y vivencial del espíritu cristiano que constituye una verdadera identidad, porque en los que lo siguen es, como dice Puebla, una fuerza activa que va moldeando la vida en seguimiento real de Jesús, aun sin conocerlo. Realmente que el Espíritu y María son capaces de poner con Jesús a quien acepta esas relaciones. Esto es lo que se echa de ver en la vida de Abraham Reyes, que llegará a formar parte de la institución eclesiástica, pero desde ese humus, esa tierra fértil fecundada por esa forma activa, verdaderamente evangelizadora, que es el catolicismo popular genuinamente vivido. Ese vivir, como él dice, “por pura tradición”, hay que entenderlo pues, como una trasmisión genuina, verdadera, vivificante del espíritu cristiano.

Conseguir, a la vez, casa, compañía y oficio y hacerlo humanizadamente da la medida de su extraordinaria calidad humana

Al salir del cuartel, Abraham Reyes, como todos los que emigraron del campo a la ciudad, tenía que conseguir casa, compañía y oficio. Todo a la vez, porque tenía que tener cómo vivir y dónde vivir y no valía vivir solo. Como se ve, esa simultaneidad de las tres tareas impostergables exige una tensión extrema para andar siempre completamente abierto y despierto, aprendiendo incesantemente, intercambiándose intensamente con la ciudad y con los vecinos, aprovechando todas las ocasiones y sin confinarse en una sola tarea, sin restringirse a una sola dimensión humana, atendiendo a cada una, a pesar de que el día tiene sólo veinticuatro horas⁷.

Respecto de la casa parece que primero se puso a vivir en una casa por Tinajitas y luego construyó, por lo que es hoy el 23 de Enero, un ranchito de cartón y luego, después de que éste se quemó⁸, otro, muy amplio, de bloque y cemento; luego se mudó a un bloque de la urbanización 23 de Enero; además vivió en un ranchito durante tres años en Plan de Manzano⁹. Por lo que

7. Una prueba de su voluntad de no sacrificar ninguna de esas direcciones vitales es la observación que le hace más tarde el padre Martínez y su respuesta: “Dedica mucho tiempo a visitar familias en cumplimiento de su trabajo apostólico de Legionario de María y les lleva rosarios, medallas y otros objetos religiosos. Al indicarle que tal vez debía emplear menos tiempo y menos gastos en esas visitas para mejor atender a las necesidades de su hogar, Don Abraham se da enseguida cuenta de que la propia familia debe ser su primer campo de apostolado y la atiende con redoblado esmero”.

8. “Ese rancho se me quemó con unos cohetes, porque era de cartón viejo”.

9. Así lo cuenta el padre José Manuel Vélez: “vive en un sector de la carretera vieja de la Guaira, llamado Plan de Manzano, a tres o cuatro kilómetros del borde de Caracas. Es un auténtico ranchito, en una pendiente de unos 60 grados, con un acceso de medio metro de ancho entre la casa y la pendiente. Él

toca a la compañía, primero vivió con su mamá. Cuando tomó la compañera, su mamá se volvió a Barquisimeto y él se quedó con su mujer, que colaboró muy asiduamente en hacer la casa grande y la segunda casa que construyó en Monte Piedad (Catia) y le acompañó hasta que murió Abraham¹⁰, dándole 12 hijos. Respecto del trabajo para tener con qué vivir y construir, siempre tuvo oficio, cada vez más especializado, incluso inició un oficio nuevo en la institución eclesíastica: el de diácono, siendo en Venezuela uno de los primeros siete diáconos casados permanentes (diciembre de 1974), tras una formación de cuatro años bastante sólida, oficio que él ejerció muy cualitativamente.

El relato sobre cómo conoció y se unió a su **compañera** expresa muy elocuentemente su tono vital, a la vez que la ensalza muchísimo, aunque discreta y entrañablemente: “Yo vivía en una piecita con mi mamá, por la Avenida Sucre, por Tinajitas, por allí arriba. Las casitas eran baratas, y tenían agua”. Cerca de allí vivía la que sería su compañera: una barloventeña. “Entonces, me saqué una muchacha de Barlovento, huérfana de padre y madre; no sabía ni leer ni escribir, pero era una santa mujer, era muy religiosa y muy buena”. “Tenía un trabajo de vigilante en el Hospital Militar Naval. Y ella estaba vecinita. Y una vez pasé yo, y la muchacha se sonrió, y entonces yo le hablé y le invité a pasear, y ella me llevó para la Iglesia de La Pastora y me llevó a conocer a la Divina Pastora que está como Patrona: la Virgen con un báculo y unos ovejitos, y ahí me llevó. Ahí vivía”. “El Dr. Barnola me empezó a catequizar y me decía que me casara, que formara un hogar con la bendición de Dios. Me casé¹¹. Esa mujer fue una bendición para mí”. “Yo tenía 23 años, y la muchacha con quien yo me casé era una maravilla, huérfana de madre y padre (su mamá murió de parto, y su papá era de esos hombres que andan sembrando hijos por ahí). Y mamá me dijo: *‘Yo voy para Barquisimeto, pero te dejo en buenas manos’*”.

le ha puesto a este acceso un poco de cemento para que no se lo lleve el agua. Por lo visto, la casa que consiguió antes se la dejó a una hija casada. El ranchito tiene tres piezas: la primera es la cocina, comedor y sala; luego, dormitorio con tres camastros y, al fondo, un servicio de baño y lavadero. Viven con él los cuatro niños más pequeños que ves en la foto, de los trece que tiene, y su señora Patricia” El cura de la parroquia de Jesús Obrero cuenta cómo se mudó al bloque: “El Señor Obispo le ha persuadido de que se mude a un apartamento para tener más tiempo con la familia los días ordinarios y seguir dedicando sábados y domingos al apostolado. Esa semana iba a dejar el rancho y venía a regalárselo a Fe y Alegría”.

10. Abraham murió en el Hospital Vargas el 6 de septiembre de 1988. Ella murió en la segunda casa que construyó Abraham en Monte Piedad, también en Catia, el 15 de febrero de 2006

11. Como se ve, casarse por la Iglesia fue formalizar su situación. Con el tiempo fue comprendiendo la trascendencia de ese acontecimiento para lo que vendría después: “yo me casé en la Iglesia San Francisco, que los Padres Jesuitas tenían ahí para casar a las personas que viven así en concubinato y les arreglan su cuestión por la Iglesia, gratis. Y entonces yo me aproveché y me casé también y eso fue un paso más para estar en la Legión de María, que dicen que el Legionario tiene que santificarse”.

Como se ve, el retrato que hace de su esposa es muy semejante al que hace de él mismo. Ella no tiene nada de lo que se adquiere en el orden establecido: educación básica, una posición, un oficio. Por no tener, no tenía ni padres. Era una campesina emigrada, como él, a la ciudad. No sabía leer ni escribir. Pero, si no tenía, sí era: “era una maravilla”, “era una santa mujer, era muy religiosa y muy buena”. Esto implica que tenía muy buena disposición y una actitud proactiva para aprender y echar adelante, ejercitando sus mejores dotes y conservando además su dignidad.

La manera como se la sacó, como él dice, no puede ser más discreta: pasó delante de ella, ella se sonrió y él la invitó a pasear. Ella lo llevó a la iglesia de la Pastora a conocer a la Patrona.

Como se ve, no es posible que suceda de una manera más sencilla, más discreta, más natural; pero natural no equivale a genérico, a convencional, a despersonalizado, menos aún, a frío. Por el contrario, eso tan discreto es lo más verdadero y personal y revela la apertura personal de ambos, a la vez que su modo de relacionarse, dando libertad al otro. Por eso tiene mucho sentido decir que ella lo quería mucho. No explicita un romance lleno de apasionamiento sino una compenetración que incluye una solidaridad a toda prueba: “La muchacha me quería mucho. No sabía ni leer ni escribir... Era una santa mujer, muy religiosa. Fue criada con la religión del pueblo, con la tradición. Ella me ayudó a hacer la casa, cargando agua. Yo digo que tiene que ser una bendición de Dios. Ella cargó el agua desde La Planicie (a unos dos kilómetros) hasta el cerro, a veces con un barrigón, y, cuando llegaba, me ayudaba a pegar los adobes, y hacía la comida para los muchachos”. “Lo llevaba en una lata, y el cemento en los hombros. Sí, es que tenía mucha fuerza y voluntad. Tenía mucho entusiasmo”. Ella estaba allí, dispuesta a todo, con toda naturalidad, con toda verdad, con toda eficacia, con todo amor. Y la muestra elocuente de que se querían íntimamente fueron los doce muchachos que tuvieron. Era obvio que era una santa mujer y que fue para él una bendición de Dios. Una bendición personalísima. Realmente que, al decirle su mamá, al despedirse para regresar a Barquisimeto, que lo dejaba en buenas manos, no decía una frase convencional.

Podríamos decir que “Dios los cría y ellos se juntan”, en el sentido preciso de que, como se han dejado criar por Dios, el mismo Dios los ha puesto en contacto, tan naturalmente, para que sean el uno para el otro.

Al salir del cuartel su mamá vino de Barquisimeto y consiguieron una casita. Las casitas, dice, eran baratas y tenían agua. Para conseguir con qué hizo de todo. También en este punto estuvo abierto a las posibilidades de

“trabajo” y de aprender oficios, y las aprovechó. Estuvo, como él dice, de *free boy* en una camioneta, trabajó de noche en el aseo urbano (“Salíamos de San Agustín como a las once de la noche y llegábamos amaneciendo al Silencio para ganar nueve bolívares diarios”), estuvo de vigilante en el Hospital Militar y luego, dice, “fui auxiliar de farmacia. Como yo conocía a tanto militar, me consiguieron un trabajito en un Hospital Militar Naval”. Por fin trabaja de mecánico de las máquinas Offset Multilit y cuando lo echaron de la empresa por protestar el despido de un compañero, trabajó en lo mismo por cuenta propia porque ya dominaba el oficio.

La relación entre la familia y el trabajo, dentro de una existencia carismática, es decir que se deja moldear por la gracia y la fuerza del Espíritu, está muy bien comprendida y expresada. Además de tener doce hijos, tenían en la casa a muchachos que no podían atender sus mamás y cuando ya podían y se iban, venían otros: “Siempre hemos tenido que unos entran y otros se van. Y ha sido una gran satisfacción, porque el Padre nos decía eso de ‘dejar que los niños vengan a mí’ y que ‘si uno no se hace como niño, no entrará al Reino de los Cielos’ y que ‘el que hace un bien a un niño es como si se lo hicieran a Él’./

Pregunta: ¿Pero tenías que trabajar muy duro entonces?/**Abraham Reyes:** Sí, pero, cuando uno trabaja para algo así, no importa. El trabajo es como un deporte, uno nunca se cansa. Cuando uno tiene esa alegría de Dios por dentro y cuando uno tiene un poquito de Dios y un poquito de la Santísima Virgen, uno no se cansa”. No se cansa porque tiene un poquito de Dios y de su Madre y eso da alegría y la alegría da fuerzas, porque se le ve el sentido: se está haciendo la obra de Dios con su mismo Espíritu, que es su impulso, el Amar (el Espíritu es verbo, no sustantivo) que es la fuerza creadora y humanizadora. Y no se hace desde arriba, como un bienhechor sino desde abajo: haciéndose como un niño, sin darse importancia, se puede decir que con agradecimiento.

2. LA ENTREGA DE LO SUYO Y LA ENTREGA DE SÍ COMO RELACIONES PERSONALIZADORAS QUE DEFINEN SU VIDA

No autocentrado sino entregado personalmente

Nos hemos referido a lo agobiante de la simultaneidad de tantas tareas. Por más que él las viviera todas con buen espíritu, el día sólo tiene 24 horas y no da para hacer justicia a cada uno de los compromisos. El cura de la parroquia de Jesús Obrero, Jesús Martínez, nos informa de cómo fue aconsejado para que pudiera llegar a todo sin andar siempre corriendo. Estamos en el año 1974: Cuando trabajaba en la empresa “su trabajo y la distancia le obligan a

levantarse a las cuatro de la mañana y llegar muy de noche a la casa. El sábado y el domingo los dedica al apostolado, visitando hogares con la Legión de María y haciendo la liturgia de la palabra los domingos. El Señor Obispo le ha persuadido de que se mude a un apartamento para tener más tiempo con la familia los días ordinarios y seguir dedicando sábados y domingos al apostolado. Esa semana iba a dejar el rancho y venía a regalárselo a Fe y Alegría”.

¿Por qué pudo Abraham Reyes vivir en cada aspecto de su vida con toda plenitud sin agobiarse? Y antes ¿por qué decimos que vivió con plenitud y serenamente? Porque, nos recuerda el mismo padre, siempre se le veía “con una sonrisa permanente dibujada en sus labios. Por su carácter amable y bondadoso, todos le miran como el mejor vecino del sector”. Coincide la seña que él da de sí mismo, ya que la cara es el espejo del alma, y la apreciación de sus vecinos. Así pues, la sonrisa no expresa autocomplacencia porque todo le va saliendo bien, sino su apertura positiva a los demás: se hacía amable porque era bondadoso.

El mismo padre que lo conoció y lo trató en la Legión de María nos cuenta su secreto: “Don Abraham fue y sigue siendo la imagen viva del **ser sin tener**. No **tiene** ni plata ni influjo humano, ni preparación intelectual, ni cargos importantes... Pero es un esposo y un padre ejemplar, un buen trabajador estimado por sus patronos, un fiel amigo querido por sus compañeros, un líder del sector apreciado por sus vecinos, un apóstol aguerrido de la Legión de María, un auténtico cristiano... Y, por ser todo eso, sin tener otras cosas, es un hombre feliz, que contagia su felicidad a cuantos tienen la suerte de vivir a su lado. Sonríe continuamente y su sonrisa es sincera; es la sonrisa del hombre amable que jamás tiene nada contra nadie”.

Ante todo, no es normal que un padre jesuita y menos de los años 50 del siglo pasado trate a un vecino de barrio y colaborador de la Legión de María de don: “don Abraham”¹². Presupone un respeto excepcional y desde luego lo que dice de él en cada campo de la vida es excepcional. Por eso concluye calificándolo como “un auténtico cristiano”.

Es obvio que no es que no tuviera nada: levantó a su familia y construyó una casa donde cupo una escuela completa. No anduvo pidiendo. Él ganó con sus manos siempre lo necesario para vivir. Lo que dice el padre es que no vivió para tener y para subir por tener más que otros y consumir por tener cómo, y que nunca tuvo de sobra. Y antes que eso que no tuvo una prepa-

12. “Se llama Abraham Reyes. Le llaman todos Don Abraham; y conste que el título en este caso no es regalado, sino muy bien merecido”.

ración formal, que no fue un individuo promovido, es decir, que entró por los canales establecidos de ascenso social buscando un puesto cada vez más importante y mayores ganancias. Ése no era, de ningún modo, su horizonte vital. En este sentido es verdad que no vivió para tener. El padre dice que vivió para ser, es decir, que, al vivir humanizadamente y con plenitud en cada uno de los aspectos de su vida, adquirió una gran consistencia, y como la consistencia no estuvo fundada en posesiones ni poder ni prestigio, sino en que estaba en manos de Dios y abierto fraternalmente a los demás¹³, vivió con paz y contento y transmitió esa alegría y amabilidad a aquellos con los que convivía¹⁴. Y por eso fue muy apreciado por ellos.

Como se ve, lo que relata el padre jesuita es el punto de llegada de un largo y muy esforzado proceso. El proceso es el desarrollo esforzado de su condición de poblador de barrio, constructor a la vez de la casa y de la familia que la habita y de trabajador en la ciudad; pero, a medida que ese proceso se va consolidando marca la transición entre la primera y la segunda fase de su biografía: entre ser un buen elemento de los conjuntos de los que hacía parte, a llegar a ser una persona consistente por vivir desde su autenticidad y relacionarse con Dios, con Jesús, con la Virgen y con cada uno de los de su entorno recibiendo su entrega y entregándose horizontal, esforzada y agradecidamente.

Entrega al servicio para corresponder a María y basado cada vez más en la relación con Dios

Ese punto de llegada que describe el padre (estamos ya en el año 1955) pertenece ya a la segunda etapa de su vida: el de la relación fuertemente personalizada, partiendo de una conciencia de sí, es decir, de un desarrollo muy firme de su individualidad, en el que se ha afinado lo más auténtico y genuino suyo y en ese desarrollo el individuo ha actuado persistentemente y con gran solvencia como sujeto responsable. Pero todo ello no ha tomado la fisonomía que marca la dirección dominante de esta figura histórica, que es la de la autoafirmación individualista, sino, por el contrario, el desarrollo como

13. El significado etimológico de consistencia: estar, en el sentido de estar firme, con otros, explica el origen de la consistencia personal: es una persona solvente por estar entregada a los demás y recibir también la entrega de ellos.

14. Un apunte muy específico del padre Martínez sobre cómo vivió o, mejor, ayudó a vivir los días del 23 de enero del 1958: "El sector vive momentos difíciles por la extrema pobreza de sus moradores y la agitación social y política del momento. Basta decir que en esos días me tocó atender en el Puesto de Salud de Catia a casi un centenar de heridos de bala. La bondad y la eterna y amable sonrisa de Don Abraham fue en esos momentos especialmente apreciable y bienhechora".

individuo y como sujeto ha estado guiado y modulado por las relaciones de entrega horizontal de sí, es decir, por su dimensión personal.

Decimos esto porque para nosotros los cristianos la persona se define por ese tipo de relaciones, teniendo en cuenta que antes recibimos que damos: somos hijos antes que hermanos. El Dios cristiano es relación: de la relación proviene tanto la distinción (tres personas distintas) como la unión (un solo Dios verdadero). Como expresa luminosamente santo Tomás, “las personas divinas son relaciones subsistentes”¹⁵. Éste es el mayor cambio de horizonte que tenemos que hacer los que fuimos moldeados por la cultura occidental ambiental, proveniente de la cultura griega, para la que lo que más realidad tiene es la sustancia y la relación es meramente un accidente. Por eso en el orden establecido yo soy un individuo que me relaciono con el que quiero, para lo que quiero y mientras quiera. En este horizonte persona es otro modo de decir individuo¹⁶; pero no existe un concepto específico porque se ignora la densidad de realidad que tiene esa dimensión de la relacionalidad, una dimensión constituyente.

Pues bien, lo que nosotros afirmamos es que Abraham fue ante todo una persona, que conforme avanzaba en la vida se iba definiendo más por las relaciones de entrega de sí horizontal y gratuita, y, más específicamente, que en esa relacionalidad constituyente lo que llevó la voz cantante fue la relación de la Virgen con él y su correspondencia y luego, cada vez más, la relación con Dios y con Jesús y siempre desde la actitud de seguir el impulso del Espíritu.

Así explicó él mismo cómo se originó esa nueva etapa de su vida; para él fue el fruto de un acontecimiento, que él caracteriza como de entrega de sí, recordemos que como respuesta a la relación maternal de la Virgen con él, que le salvó la vida, y por eso, aunque esa entrega estuvo preparada por todo lo anterior, constituyó un modo de vida cualitativamente superior: “Desde que decidí entregar mi casa y luego entregarme yo al servicio, me siento muy feliz. Yo creo que cuando un hombre se entrega, su corazón ya no estará nunca amargado aun en medio de las penas y las adversidades. Hoy nos falta a los hombres y a las mujeres espíritu de entrega. Uno recibe más cuando da, cuando entrega su vida, que cuando sólo piensa en instalarse. El que sólo se preocupa por amontonar cosas, es un hombre por dentro infeliz, está lleno de cadenas”. Por eso dijimos que al corresponder a la acción de María con él que le salvó la vida, entró en una etapa nueva de su vida. Pero eso no sucedió

15. Suma Teológica, p 1, q 40, a 2. Ver Laudato Si n° 240.

16. Así lo dice el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: “Individuo de la especie humana”. En ninguna de las muchas acepciones que desarrolla aparece la relación.

inmediatamente de salir del cuartel. Hubo un lapso que fue preparando todo hasta que se realizó.

Para Abraham lo que había expresado el padre jesuita como **ser sin tener** él lo expresa como no vivir para sí, para tener y acumular; sino vivir para entregarse, para servir. Ser es, pues, darse. Distingue entre entregar la casa, el fruto de su trabajo y de sus desvelos, el nido que había construido para sí y su familia, y entregarse a sí mismo, entregarse personalmente al servicio. Y comprueba que cuando da y más todavía cuando entrega su vida, recibe. Y que recibe más que si en lo que está empeñado es en instalarse, en acumular. No es que reciba más cuantitativamente, sino que lo que recibe no son cosas, meros bienes transables, sino lo que realmente vale y por eso no se puede comprar. De un modo u otro lo que recibe y lo que entrega es amor. Y así como el poseer causa satisfacción, el entregarse gratuitamente causa alegría, libertad, felicidad.

Abraham percibe algo decisivo que está oculto en el orden establecido: que con lo valioso pasa lo contrario que con lo útil. En lo útil, lo que uno da, se queda sin ello. Si uno tiene un millón de bolívares y da quinientos mil, se queda con la mitad. Pero en lo valioso sólo se tiene lo que se da: se recibe al darlo. Sólo tengo amor cuando doy amor y lo mismo podemos decir de la alegría o de la esperanza o de la compañía.

Un ejemplo luminoso de la energía que nace de esta entrega de sí es la colaboración con el padre Martínez en las misiones populares: “Para consolidar esa labor pastoral, dimos varias misiones en lugares estratégicos de la parroquia: en un cruce de caminos, al lado de una tienda concurrida, en un grupo escolar... Durante 8 noches, les hablamos de las verdades más fundamentales de nuestra religión y celebramos algunas eucaristías. A las 7 de la noche, ya estaba Don Abraham, siempre con su alentadora sonrisa, buscándome en el despacho parroquial. Subíamos al lugar escogido. Preparábamos todo: los parlantes, las diapositivas, algunos asientos... Mientras tanto, iban llegando los fieles: más niños que mayores; más mujeres que hombres. La asistencia era muy buena y el fruto consolador. Al terminar la misión, a las 11 de la noche, Don Abraham, con su franca sonrisa, me dirigía palabras de aliento: Padre, se ha cansado mucho, ¿verdad?, pero Dios le va a premiar muy bien... sin acordarse de que él, más cansado que yo, tenía que salir al trabajo las 5 de la mañana”.

La entrega de su casa

Por eso en su vida se da un salto cuando, para corresponder a la curación milagrosa de María, se decide a servir. Entregó su casa como expresión de su entrega personal¹⁷. Se entregó él mismo. Ya tenía la casa para él y sus hijos, incluso para cuando se casaran. Podía haberse instalado. Más aún, cuando le costó nada menos que siete años construirla, a él y a su mujer, y además en el tiempo que tenía para el descanso después de venir de trabajar. Era humano descansar después de tantos años de sobretrabajo. Pero, en vez de eso, entrega la casa para solucionar lo que para él y sus vecinos era la mayor necesidad del barrio: una escuela para tantísimos muchachos que por la lejanía no podían ir a otra y se quedaban sin estudiar, desocupados. Eso es servir, entregar, entregarse. Y eso, dice, produce alegría. Porque llena el corazón y así impide que en él entre la amargura. Sigue habiendo contratiempos, pero se procesan superadoramente, desde esa entrega.

Lo primero fue poner a disposición del padre Vélaz y su grupo de estudiantes de la UCAB la parte alta de la casa, que, como estaba en terraplén, tenía entrada independiente, para que se diera catecismo. Porque para todos fue una sorpresa muy agradable, que los dignificaba, que se apareciera ese grupo de estudiantes con ese padre: “Entonces aparecieron por el barrio los estudiantes universitarios, muchachas y muchachos, con el P. Vélaz. Ese barrio estaba donde hoy queda el 23 de Enero y sólo se llegaba a pie. Era puro cerro, no había nada. Visitaban casita por casita y hablaban con la gente y les preguntaban de sus problemas. La gente se sentía estimulada de que unos jóvenes y un sacerdote jovencito los visitaran en un barrio tan abandonado, donde no había ningún servicio, no había nada”. Lo primero que empezaron a hacer después de las visitas fue dar catecismo y como no había ningún lugar donde reunir a los muchachos, Abraham les puso a su disposición la parte alta de la casa que acababa de construir.

Durante las visitas, la necesidad más sentida por todos fue la de la escuela para que los muchachos no anduvieran realengos. Así cuenta la conversación de Vélaz con él: “Padre, las necesidades más grandes de nosotros, aquí, es el agua, que por aquí escasea. Apenas tenemos unas lucecitas que nosotros nos las hemos robado de un poste que está por ahí, y estamos muy mal. Hemos

17. “Y en ese mismo rancho hice otro rancho bien grande y bien bueno, y yo mismo lo hice, porque era medio albañil. Entonces, cuando lo hice y vi aquello tan bonito, tan bueno, tan extenso, entonces, yo me hinqué de rodillas –ya yo sabía rezar el Padre Nuestro–, entonces dije: ‘Mira, Virgen Santísima, esto está a la orden’”.

ido al Concejo Municipal, nos hemos reunido, y nada. Los Colegios oficiales quedan muy lejos y ahí no van a recibir a muchachotes que no saben ni leer, ni escribir, de todas las edades. Estamos muy mal. La necesidad más grande que tenemos es que tenemos esos muchachos, por ahí, en todo este barrio que es tan extenso. En todas las familias hay muchachos de todas las edades, sin escuela, porque no nos los van a aceptar. Eso queda muy lejos y somos muy pobres”.

Al ver cumplida la primera meta, que fueron, tras el catecismo, las primeras comuniones, Vélaz, volvió a recoger esa necesidad sentida de la escuela, que en ese momento parecía más encaminada al haber tenido a los muchachos reunidos y aprendiendo durante meses. “En el desayuno de la primera comunión, el 5 de marzo de 1955, ante la preocupación del P. Vélaz por conseguir un espacio para una escuela (y así no se perdiera ese esfuerzo pastoral que habían hecho los universitarios), se le acercó Abraham: *Padre, si quiere hacer una escuela, este local es suyo*¹⁸. “-Si me quedo con ella –trataba de convencer Abraham al Padre Vélaz, que dudaba en aceptarla– *será la casa de mis ocho hijos. Pero si la hacemos escuela, será la casa de todos los hijos del barrio*”.

Esa misma semana se inscribieron allí 100 niños varones... sentados en el suelo. Gradualmente fueron consiguiendo unas cajas y unos bancos sin respaldo para sentarse... / Vélaz y sus universitarios seguían buscando otro espacio para las niñas... Abraham se molestó: *Como que el P. Vélaz no me tiene confianza...* Se le acercó, y le ofreció también la planta baja: *...Nosotros podemos acomodarnos en este rincón... ¡Y entraron 75 niñas...!*”

Vélaz era un poeta; tenía imaginación profética. Por eso en el gesto de Abraham pudo entrever todo un “modo de producción”, es decir, una manera de desencadenar la educación popular, no predominantemente burocrático, ni en el mejor sentido de la palabra, sino en el de que los mismos necesitados de educación, el mismo sector, los mismos pobladores fueran en cierto modo los sujetos propiciadores de la misma. Para Vélaz, pues, el ofrecimiento de

18. Así lo cuenta el propio padre Vélaz: “Yo estaba muy emocionado, luchando entre el contento de lo que veía y la preocupación de lo mucho que faltaba. No recuerdo si otros tomaron la palabra, pero sí que alguien me pidió que hablara de nuevo: dije que habíamos hecho un hermoso trabajo, pero que faltaba lo más grande y que eso tenía que ser una escuela; que aquellos setenta muchachos habían recibido algunas clases religiosas solamente los sábados por la tarde, pero que, para ser cristianos y ciudadanos preparados, necesitaban muchos años de ayuda, y que eso sólo era posible con una detenida y cuidadosa atención escolar. Si no lo hacemos –concluí–, estamos perdiendo el tiempo y realizando algo muy superficial. Al terminar, un hombre de los presentes se acercó, me saludó con un abrazo y me dijo: Padre, si quiere hacer una escuela, yo le regalo este local”.

19. Pérez Esclarín, artículo publicado en la revista *Movimiento Pedagógico*, de Fe y Alegría, Venezuela.

Abraham fue el desafío más estimulante: “Para los universitarios y para mí, la oferta de Abraham fue el desafío más estimulante del ejemplo heroico”. “Él ha sido el motor del pensamiento y de la acción de Fe y Alegría”²⁰. Y lo explana de esta manera en unos apuntes autobiográficos: “Este ejemplo fue el disparo de ejemplaridad que nos lanzó a la carrera de persuadir a muchas personas de la necesidad de emprender una obra ciudadana de educación popular. Hasta ese momento, comprendíamos lo que teníamos que hacer, pero sólo entonces nos lanzamos con valor y con audacia a la creación de un gran movimiento de opinión y a la difícil tarea de persuadir a los que podían dar”.

Ese disparo de ejemplaridad comenzó para Abraham con la llegada del padre y los universitarios al barrio. Así cuenta su efecto en los pobladores: “Nos sentimos valorados, nos sentimos seres humanos, nosotros éramos seres humanos y el Padre Vélaz nos lo hizo sentir. Nos hizo ver que con estímulo y ayuda podíamos progresar, levantarnos de la miseria, empezar una obra que hoy es una cosa muy grande. Todo esto nos lo decía de una manera suave, sencilla. Él se ponía a la altura de nosotros, uno no le veía tan grande, sino que parecía que era uno de nosotros. Él se ponía bajito, como nosotros; él se ponía como un amigo. Él era un padre siempre orientándonos hacia el futuro, sin importar el pasado de cada uno”. Así pues, el modo de proceder de Vélaz, nada gerencial en el sentido convencional de la palabra, propició un proceso muy hondo en el sector y muy concretamente en el propio Abraham. Con gran perspicacia nos cuenta lo que para él es “la clave del éxito del Padre Vélaz. Algo que es –por decir algo– un sistema. Él se puso con aquellos muchachos a visitar familia por familia, como lo hacía nuestro Señor Jesucristo: el contacto personal”. “Eso es una cosa que estimula a la gente, y la gente se ve estimulada porque es algo inesperado que unos jóvenes y un sacerdote jovencito los visiten por esos barrios abandonados, como marginados de verdad”. Como se ve, para Abraham el modo de proceder de Vélaz no fue una ocurrencia sino un proceder sistemático y este sistema relacional no fue producto de mera perspicacia sino seguimiento de Jesús: un modo de hacer trascendente.

Por eso relata con gran perspicacia la simbiosis entre los muchachos que venían con el padre Vélaz, que se empeñaron en que hubiera educación en el barrio, y las familias del barrio que se sentían abandonadas por la ciudad, como en un gueto, y que sintieron que la escuela era el lazo con la ciudad, no sólo porque era la ciudad en el barrio sino porque capacitaba a los que se levantaban en el barrio para que pudieran entrar solventemente a la ciudad. De ahí

20. Soñando a Fe Alegría, 1976.

la alegría y la colaboración de todo corazón: “Los muchachos se animaron mucho con el proyecto de empezar la escuelita en esa casa que yo había cedido con todo el cariño del mundo. Para mí fue una alegría muy grande poder participar con esa obra tan buena que querían hacer por los barrios. Todas las familias del barrio estaban muy de acuerdo con la escuela; se pusieron a la orden, abrieron sus casas, sus corazones. Estaban muy contentos, estaban muy entusiasmados del proyecto de la escuela. Esos muchachos que venían con el P. Vélaz eran casi el único contacto con el mundo. Entonces no teníamos nadie radio. Éramos muy pobrecitos. La idea de la escuela dio un sentido a sus vidas, una inyección de optimismo, de ganas de vivir, de trabajar, de ver que a sus hijos esa educación les abriría las puertas del futuro. Eso los animó mucho, vieron una gran esperanza”.

Abraham comprende que esos primeros pasos de encuentro y simbiosis entre los estudiantes comandados por Vélaz y el barrio, en los que unos y otros se estimulaban mutuamente, realizaban en verdad el emblema de Fe y Alegría porque unos y otros sentían mucho contento al dar lo mejor de sí y porque esa entrega nacía de su fe: era la relación de entrega a Papadios, como respuesta a su entrega, la que los llevaba a dar de sí, lo mejor de sí: “Los estudiantes y el Padre consiguieron tres maestras y comenzaron las clases. Cada uno traía una sillita, un banquito. Después consiguieron unos bancos hechos de unos cajones. Aquello fue tan hermoso... fue como una bendición de Dios. Las familias se acercaban, estaban contentas porque ya sus hijos iban a estudiar. Así empezó la escuelita. Además de clases, daban también catecismo, repartían caramelos, bolsas de comidas y se daban ellos, se daban con el cariño, con el afecto. Por eso, el nombre está bien puesto: alegría de recibir, alegría de dar, alegría de darse; ellos se dieron por su fe, dieron su tiempo, dieron sus sábados, dieron su trabajo... Y cuando se hace el bien, uno se estimula, y yo creo que esa es la gran alegría”.

“Cuando se hace el bien uno se estimula”. Ésa fue la gran lección que aprendieron todos y que aprendió muy conscientemente Abraham y por eso, después de poner su semilla inicial, su granito de arena, siguió pidiendo por Fe y Alegría, entendiéndola como una obra sagrada: “Cuando el Padre aceptó mi casa, yo comprendí que era la Virgen quien la estaba aceptando. Entonces sentí una gran alegría de poder colaborar con las cosas de Dios, con el servicio... Yo siento a Fe y Alegría como una obra de la Virgen. Yo le ofrecí el rancho que había hecho y ella lo aceptó. Yo rezo el rosario, los quince misterios, todos los días, y cada día pido por Fe y Alegría. Yo le digo: **‘Virgen Santísima, alégrate, porque esa es tu obra’**. Y cada día le doy gracias porque pude poner

mi granito de arena, y le pido que sea siempre el mismo, que nunca me sienta orgulloso, que sea sencillo, humilde, como ella lo fue”.

Fe y Alegría es una de las obras de Dios porque es un servicio sagrado, una ayuda invalorable a gente pobre, no sólo porque sin ella se quedaría marginada sino, más todavía, porque esa ayuda los convertía también en sujetos de su transformación, incluso en el plano económico, aunque sea algo casi simbólico: “Entre ellos establecieron una colaboracioncita de algo, que los niños aportaban”.

Él está agradecido por haber sido un colaborador inicial, el que puso la primera semilla. Por eso, ante el reconocimiento institucional y los homenajes, él pide a la Virgen no sentirse orgulloso, que es lo mismo que no desvirtuar su participación, que fue una entrega personal y, como dice el Señor, la entrega es siempre gratuita: “que no sepa tu mano derecha lo que hace la izquierda”.

Cuando construyeron los bloques por el año 57 el padre Martínez logró que le pagaran lo que había sido su casa y luego la primera escuela de Fe y Alegría. Así cuenta él su reacción: “Cuando el gobierno acabó con las pobres viviendas del sector y les dio en cambio un apartamento en los edificios de 15 pisos, logré que el Banco Obrero le pagara bien su casita y el local que nos había regalado. Le faltó tiempo para pensar en dar una buena parte de la plata recibida a Fe y Alegría. De nuevo tuve que refrescarle la idea de primero atender a la educación de sus hijos. Había construido aquel local para Dios y le costaba recibir la plata que le devolvía y que tanto iba a necesitar para pagar los estudios de sus 8 pequeños”. Es hermoso constatar tanto su actitud de entrega de sí y de lo suyo, como su ductilidad para atender el consejo de que antes tenía que velar por sus ocho hijos.

Se entregó a colaborar

Ya hemos indicado que para él la aceptación por parte de Vélaz de la escuela fue la certificación de que la Virgen la había aceptado y al aceptar su ofrenda lo había aceptado también a él: “Yo no sólo entregué la casa, sino que me entregué yo mismo, me entregué a colaborar y a recibir catecismo. Yo iba los sábados a las clases de catecismo y recibía mucho; aprendí a rezar, a conocer a Dios. Cuando prepararon una Primera Comunión para los niños, yo me colé, y así fue como la hice ya de adulto, de colado. Después vinieron los bautizos, matrimonios de los que vivían en concubinato, toda una obra de santificación del barrio”²¹.

21. Esto fue realizado sobre todo desde la Legión y desde la rama masculina de ella. Así lo cuenta el padre Martínez: “Como la mayor parte de los fieles de nuestra parroquia vivían sin cansarse por la Iglesia

La expresión concreta de esa entrega personal es entregarse a colaborar. Y para poder colaborar desde dentro se aplicó a recibir el catecismo. Lo hizo clandestinamente de manera que se percibiera que era parte de su colaboración: como si estuviera presente por si se necesitaba algo, ya que estaban en su casa. Para él esa formación inicial fue trascendente: no sólo aprendió a rezar sino a conocer a Dios. Y lo mismo pasó con la primera comunión: todos pensaban que era meramente un acompañante cualificado por su solicitud, y en realidad hizo, de colado, su primera comunión. No se lo dijo a nadie porque le daba pena. Se lo dijo a Dios: “bueno, yo me conformo con que Dios lo sepa y Él está contento con lo que yo estoy haciendo”.

Como se ve, la iniciativa fue totalmente suya y por eso fue expresión y cauce de esta entrega personal. Algo parecido a lo que sucedía en la Iglesia primitiva, que se comulgaba después de una iniciación. En su caso no se trató de una iniciación desde el pecado o desde otra dirección vital, sino que la Madre lo puso con su Hijo, es decir, que pasó de la relación temática y personalizada con ella, como expresión de su cristianismo, a la relación sacramental con el Hijo y a tematizar la relación, más bien implícita hasta entonces, con el Padre.

También se fue dando el paso de saber que uno es de la Iglesia, pero sin apenas expresiones institucionales, a meterse de lleno en ella como cauce concreto de vida cristiana y como humanización de la vida. Eso es lo que significa lo que dice que vino después: “los bautizos, matrimonios de los que vivían en concubinato, toda una obra de santificación del barrio”. Como se ve, es una etapa completamente nueva en su vida; pero él la vive como respuesta personal a la relación personalizada de la Virgen y luego de Jesús y Papadíos con él.

La entrada en la Legión de María, su Madre, a trabajar como hermano

Ahora bien, su compromiso institucional con la Iglesia se plasmó en su entrada a la Legión de María. La entrada en la Legión vino propiciada por la invitación de una vecina que veía en él ese potencial. Así lo describe, embargado de emoción: *Yo veía que la gente iba a misa. Una señora me invitó a la Legión de María, y yo fui por complacerla. Y entonces se reunieron y rezaron el rosario. Me invitaron a misa, y fui. Yo oía los sermones, y eso me fue convirtien-*

por proceder del interior, donde escaseaban los sacerdotes, Don Abraham y sus compañeros se empeñaron en la noble tarea de ayudar a santificar esos hogares con el sacramento del matrimonio. Fue un trabajo arduo, pero fructuoso. Visitaban las familias cada fin de semana. Eran bien recibidos por su trato ameno y bondadoso. En unos años quedaron santificados unos 700 hogares gracias a esas bienhechoras visitas”.

*do. Una vez me invitaron a las Siervas del Santísimo, a un pequeño ejercicio espiritual de un día, y aquello me fue llenando. Y yo dije, **cónchale, descubrí un mundo, un horizonte nuevo.** Yo estaba contentísimo, y yo dije: **cónchale, la vida no es que uno nace y se muere...** Aquello me llenó de esperanza y de fe. Yo ya era de la Legión de María.*

Esta cita ayuda mucho a ver la procesualidad. Todo era nuevo: las reuniones para rezar, las misas, los sermones, los días de retiro. Todo lo alimentaba y él recibía esa nueva alimentación con enorme alegría, como si la hubiera estado esperando desde muchos años atrás. Llenaba un vacío en el sentido preciso de que vivía desde el Espíritu de Jesús y ahora se iba dando nombre y rostro a ese impulso trascendente. Por eso la alegría: lo que se le daba, él no lo sabía y por eso era nuevo, pero lo sentía como bueno porque el Espíritu en él lo reconocía. Ése era el motivo concreto de tanta alegría.

La vida no es simplemente ir viviendo de la manera más humana posible lo que se va dando. Al pertenecer a la Legión de María descubrió un mundo nuevo, un nuevo horizonte: una pertenencia. Y precisamente la pertenencia a aquella que le había salvado la vida para que la enrumbara bajo su manto, en su nombre. Por eso dice que lo llenó de fe, en el sentido preciso de esa relación con ella y con los de ella, respondiendo a la relación providencial que ella tuvo con él. Vivir así es tener un motivo muy específico para vivir y eso es muy esperanzador. Así teoriza esa relación: *“Yo hice hace ya tiempo una especie de contrato con la Virgen, porque yo trato a la Virgen como a mi madre. Yo le dije: ‘**Mira, yo voy a trabajar duro en la Legión de María y tú en Fe y Alegría.**’ Por supuesto, Fe y Alegría salió ganando”.* Es como decir: yo trabajo en lo tuyo porque la Legión es de María y tú trabajas en lo mío, en lo que comenzó en la casa que yo construí y te ofrecí a ti.

Y ¿qué fue lo que más movió a Abraham a meterse en la Legión? Así lo cuenta él: *“Cuando vi que todo el mundo se llamaba hermano y que eso era de la Virgen, como Madre, pues sentí más confianza. Yo me acordé de la promesa que había hecho e hice otra promesa, y le dije: **Yo no puedo ir por allá, por Areque, porque eso es muy lejos. Vamos a hacer una cosa. Yo me voy a quedar trabajando en la Legión de María, voy a trabajar mucho, me voy a portar bien, y tú vas a ganar, porque yo te llevo algo allá y eso se acabó. En cambio, aquí voy a trabajar.**’ Entonces empecé a trabajar, me quedé en la Legión. Y entonces yo estaba cumpliendo esa promesa a la Virgen de ayudar a su hijo en los pobres. Algo muy grande me pasó a mí y todavía lo siento y quiero seguir viviéndolo”.*

Él, nos dice, sentía a la Virgen como su madre. Por eso le emociona cuando los legionarios se llaman entre sí hermanos: todos son hijos de la misma madre. Estar entre hermanos era una experiencia nueva y muy consoladora. Por eso se mete de lleno a trabajar con esos hermanos en lo de su madre. Es la manera de cumplir su promesa, no como un cumplido momentáneo, como hubiera sido ponerle en su santuario un ramo de flores, sino para toda la vida, portándose bien, viviendo como verdadero hijo suyo. Es algo muy grande que le pasó en su vida y que todavía lo siente y lo vive.

Hay un aspecto específico de su pertenencia a la Legión de María, cuya iniciativa la tuvo el padre Martínez y que él secundó con una eficacia excepcional, de la que muchos años después yo he sido testigo: “Al llegar a la reunión del grupo de señoras de la Legión que existía en la parroquia, me sale al encuentro un señor pequeño. Una sonrisa amplia ilumina su rostro. Muy respetuoso, me pregunta: Padre, ¿puedo asistir a la reunión de la Legión de María? Aceptado, respondo, pero con la condición de conquistar pronto varios amigos con los que podamos fundar el grupo de hombres de la Legión. Y así fue. Pronto tuvimos la primera reunión del grupo de obreros que, con el título significativo Virgen Poderosa, iba a ser modelo de grupos legionarios y que iba a atraer la mirada de los apóstoles seculares de Caracas”.

Otro ejemplo luminoso de su disponibilidad fue el de su participación en la Adoración Nocturna. Así lo cuenta el padre Martínez: “Al comenzar a buscar un grupo de hombres que asistieran mensualmente a la Adoración Nocturna en la iglesia de los Dominicos, no hay que decir que Don Abraham fue el primero en ofrecerse y en conquistar a otros compañeros. Algo más tarde, también contando con él y sus amigos, logramos instalar en nuestra parroquia esta bella institución. Y, unos años más tarde, al tocarme instalarla en las petroleras del Zulia, allí asistió Don Abraham animándonos a todos con su ejemplo y sus palabras de aliento”.

Ayudar a su hijo en los pobres, estar con la gente del pueblo, con aquella gente

Y aquí viene una novedad, no tanto en su manera de vivir sino de teorizar su vida: ayudar a su hijo en los pobres. Ahora de la Madre se pasa al Hijo y además la relación con él, además de recibirlo en la comunión, es ayudarlo en los pobres. Siempre había ayudado, como decía el padre jesuita, a sus vecinos en sus necesidades e incluso a todo el vecindario con la escuela. La novedad es que ahora esa relación, que sigue siendo horizontal y personalizada, es también y más profundamente ayudar a Jesús en los pobres, reconociendo,

pues, su presencia sacramental en ellos.

Su pertenencia en la Legión continúa e incluso se institucionaliza más al ordenarse de diácono ya que entonces pasa a ser lo que eran antes sólo los curas: director espiritual de dos grupos: *“Yo me metí con alma, vida y corazón con la Legión de María, visitando hogares, ayudando a dar catecismo. Y, después, estuve por allá, por un cerro, como tres años, con cuatro seminaristas, ya ordenado de diácono, con la gente del pueblo, con la gente que sufre, con aquella gente tan sincera./ Y también en la Legión de María, soy director espiritual de dos grupos de señoras que trabajan visitando hogares, dan catecismo, visitando enfermos y yo soy el director espiritual./En la Legión llevo lo que lleva Fe y Alegría, treinta años”*.

Refiriéndome también a la teorización de su experiencia quiero mencionar lo que dice de su experiencia de diácono: estuve, dice, con la gente del pueblo, con la gente que sufre, con aquella gente tan sincera. De alguna manera, al identificarse con su condición de diácono, parece que se diferencia de la gente del pueblo, que son ya aquella gente. ¿Cómo hay que entenderlo? No como que se despegue de ellos, no como que ya no viva en el pueblo, no, de ninguna manera, que los vea por encima del hombro. Creo que el ser para ellos en su condición de diácono hace que ya no se vea como uno de ellos, aunque viva con ellos y esté entregado a ellos. No es un poblador, en esta segunda parte de su vida no tiene, dijimos, una identidad genérica, **un** poblador, **uno** de los pobladores, aunque sea en el mejor sentido de la palabra. Es ya esta persona específica, diácono casado, que como estaba empezando la especie, no lo ve como algo genérico sino como algo que estaba inventando: él estaba definiendo en concreto lo que era un diácono casado y ese ejercicio también lo definía a él.

Profundicemos el tema con ayuda de un texto revelador: *“Yo empecé mi verdadera formación cristiana como oyente en el catecismo de Fe y Alegría. Después seguí con retiros espirituales. La fe es una búsqueda continua de Dios que sólo termina con la muerte. Me invitaron al diaconado permanente y dije que sí. Allí recibí una gran formación que siguió alimentando mi fe. Yo soy ahora diácono. Como diácono, me fui al barrio Plan de Manzano a dar catecismo, a evangelizar. Me fui con un equipo./ Yo, desde entonces, me siento muy feliz. Yo creo que cuando el hombre se da, es mucho más que dar millones, cosas materiales. Ese corazón ya nunca podrá estar amargado, aun en medio de las penas y las adversidades. Ese corazón está lleno de Dios”*.

La fe, dice, es una búsqueda continua de Dios que sólo acaba con la muerte. Se busca al que se ha encontrado, tanto porque va delante y porque tiene

que discernirlo en la realidad, que es abierta y cambiante, como, más todavía, porque, si toda persona es un misterio inagotable, Dios nos supera absolutamente. Hemos dicho que ya no es un poblador de barrio, aunque lo sea consciente y consecuente. Ahora es un buscador de Dios, es decir, se define como tal, respondiendo a él, que lo ha acompañado siempre a través de la Madre de su Hijo y a través del impulso de su Espíritu desde más adentro que lo íntimo suyo. No busca, pues, lo que no tiene; busca corresponder a su relación absolutamente personalizada y constante.

Para eso es ayudado por su proceso de formación cristiana: desde el catecismo en su casa cedida, hasta la gran formación del diaconado. Empezó muy tarde ese proceso y ha supuesto una gran novedad que ha entrañado una gran transformación en su vida. Porque no ha tomado la formación como algo libresco sino como conocer cada día más a aquel al que se ha entregado personalmente, respondiendo a su entrega.

Por eso no es uno del pueblo, aunque se entregue de corazón a él. La diferencia es que se define, no por esa proximidad, que para él sigue siendo entrañable, sino por la entrega a Dios, que entrañará, como dijimos la entrega a su Hijo en los pobres. Así que la diferencia no entraña separación sino una entrega total como participación de la entrega al Dios de los pobres. Él está, como dice, lleno de Dios. Pero esa relación no lo aísla, no lo encierra en sí, sino que lo lleva a entregarse por completo, lo que le causa la felicidad.

La identidad de diácono: novedad sin ruptura. Como diácono, va al barrio a evangelizar. Va en equipo

Así cuenta cómo llegó al diaconado: “se abrió en todas las parroquias un llamamiento. Se presentaron muchas personas, quizás más competentes y preparadas que yo, y entonces el Párroco, P. Díaz Guillén, me dijo que si yo quería ser diácono. Fuimos como 30, y de éstos sólo quedamos 7./ Y ahora como diácono ¿qué actividades tienes, cuál es tu trabajo como diácono?/
Abraham Reyes: Como Diácono, en este momento, yo llevo la Comunión como a 50 enfermos los primeros viernes. Tengo que subir a cuatro superbloques, desde las cinco que me levanto, y a la una ya he terminado, subiendo y bajando escaleras en 4 superbloques. Y también en la Legión de María, soy director espiritual de dos grupos de señoras que trabajan visitando hogares, dan catecismo, visitando enfermos y yo soy el director espiritual./ **Pregunta:** ¿Cómo te recibe la gente cuando vas a las familias y llevas la Comunión?/
Abraham Reyes: Muy bien. Maravilloso. Es un gran consuelo que uno le da a la gente, unó aconseja a la gente, le habla de lo que es la importancia del

sufrimiento, y siempre le da su pequeña evangelización, cortita, porque no se puede tener mucho”.

Su última identidad es la de diácono. Como venimos insistiendo desde el comienzo, esa identidad no supone de ningún modo una ruptura con las anteriores. Por el contrario, es una nueva etapa en el mismo camino. En su camino vital, hemos recalcado, no hay solución de continuidad. Su paso del campo a la ciudad, su paso del catolicismo popular al de la institución eclesíástica no implica dejar atrás lo vivido, ni menos aún, despreciarlo. Cada paso está posibilitado por su vivencia anterior y se apoya en ella.

Pero sí hay avances tan notables que significan la apertura no sólo a nuevas tareas sino de nuevos horizontes y por tanto de transformaciones personales. Un profesional que arregla las fotocopiadoras *Multilit* en su casa es ya un especialista, cosa que no era cuando hacía de *free boy* en esa camioneta o en el aseo urbano. El que se casa por la Iglesia no es el que emigró de su campo nativo a Barquisimeto. Ni, sobre todo, el que recibió el favor de ser sanado por la Virgen y empezó a corresponderla es el mismo que el que vivía como soldado en el cuartel san Carlos. Él mismo es consciente de esas novedades y las anota emocionado y agradecido.

Aunque, insistimos, no hay en su vida ninguna ruptura; hablando cristianamente no hay una conversión. Aunque es cierto que ser consciente de estar vivo de milagro, es decir, por una relación personalísima de la Virgen y empeñarse en corresponderla sí implica una gran transformación, para nosotros, el paso de la primera parte de su vida a la segunda, progresivamente personalizada y por tanto personalizadora. Así lo reconoce también él muy lúcidamente: “Eso lo ofrecí con todo corazón y eso es verdad que, cuando uno hace esas cosas con un gran amor, con una entrega, Dios recibe aquello, y lo acepta con amor, y todo el sacrificio que uno hace es nada para lo que uno recibe. Yo también recibí mucho con la conversión mía, de ver esa gran alegría, de descubrir otro mundo, que en este mundo hay una gran esperanza, que Dios es nuestro Padre, que la Virgen es nuestra Madre”. Él ofreció su casa y Dios la recibió y le entregó a él muchas hermanas y hermanos y el progresivo conocimiento de él y de su Hijo y la gracia de ponerse a su disposición y el entregar su vida a su servicio en el servicio de los pobres. El habla de conversión en el sentido literal de volverse a él cada vez más consciente y entregadamente. Y lo que provoca esa entrega es la entrega de la casa y la entrada en la Legión de María. El desemboque será el diaconado.

Se formó para alimentar su relación con Dios y para entregarse a los pobres desde abajo

Pues bien, en este itinerario, decimos que la última etapa es su ordenación como uno de los primeros diáconos casados en Venezuela (1974). Él subraya tres transformaciones: la primera, un salto en su formación: es la formación formal más larga que ha tenido (cuatro años) y, como la inicial de la catequesis de primera comunión, no la asumió como algo predominantemente conceptual sino como un alimento sólido para su vida de fe: para su relación con Papadíos y Jesús y en ellos con los demás y más concretamente con aquellos a los que es enviado y él escoge.

La segunda es su elección de la gente pobre. Él nació como pobre y vivió como pobre hasta que se fue haciendo gente popular, es decir, que pasó de girar en torno a las necesidades mínimas, sin poderlas satisfacer en ocasiones, a girar en torno a las necesidades básicas. En ese trance podía haber optado por subir y en concreto podía haber entendido el diaconado como hacer carrera eclesial. Pero no lo entendió así. Lo entendió y vivió como opción decidida por los pobres, y no como meramente y ni siquiera predominantemente menesterosos sino como gente digna. Para ellos con ellos, en una interrelación horizontal y mutua, que aspira a ser totalizadora.

La tercera es el trabajo en equipo, para que no nazca y muera con él sino que sea la participación en una misión que aspira a ser permanente y progresiva. Se ve parte de la obra de Dios. No trabaja para él mismo ni por eso de modo individualista. Trabaja en equipos abiertos.

Así expresa estas tres dimensiones: "Me invitaron al diaconado permanente y dije que sí. Allí recibí una gran formación que siguió alimentando mi fe. Yo soy ahora diácono. Como diácono, me fui al barrio Plan de Manzano a dar catecismo, a evangelizar. Me fui con un equipo. El hombre en las cosas de Dios, como en las cosas humanas, debe trabajar en equipo. Una empresa de un solo hombre, cuando falla el hombre, la empresa muere. No hay que ser individualista, sino trabajar siempre con sentido de equipo. Trabajar sobre todo con las gentes humildes, fundiéndose con ellos. Los pobres responden cuando no se les engaña, cuando no se les utiliza. Y responden con el corazón, con la vida. Para Dios, las cosas pequeñas son las más grandes. Trabajando por los demás uno vive desapercibido para el mundo, pero no para Dios".

Abraham tiene plenamente asimilado el sentido de lo que técnicamente llamamos la encarnación kenótica siguiendo a Jesús de Nazaret: entrañarse en el mundo que le toca vivir desde abajo, desde los de abajo, trabajar fundiéndose con ellos; no trabajar para ellos, teniéndolos como destinatarios de

sus desvelos o a lo más como colaboradores. Uno se entrega de corazón y ellos, dice Abraham desde su experiencia, responden entregándose también con todo el corazón. Entonces uno pasa desapercibido para el orden establecido: no sube en el escalafón, no tiene más dinero ni poder; pero Dios sí lo ve y lo aprecia y se complace.

En la última fase de su vida, Fe y Alegría ha crecido mucho y por eso vienen los reconocimientos de su origen carismático. En medio de ellos, él se afianza en su condición nativa, que ahora es también su condición elegida: “Yo amo a la gente sencilla, yo amo a la gente del campo, yo amo a la gente analfabeta, yo amo al oprimido, y le pido a la Virgen que me haga uno de ellos, que sea pequeñito, que sea como una basurita, que sea como el que no vale nada. Que nunca me considere como algo grande porque yo no soy digno”. Él durante sus primeros años fue gente del campo y luego muchos años siguió siendo analfabeta y al menos en tiempo de Gómez se supo un oprimido. Ahora pide con toda el alma no darles la espalda, no darse la espalda. Pide seguir considerándose pequeñito. Aunque ha tenido experiencia de lo que vale, de lo que ha llegado a ser, sabe que también ha sido conducido a ello, sabe que él ha puesto todo su ser, pero que en definitiva ha sido gracia. Por eso pide que sea como el que no vale nada, es decir, que no aspire a ponerse encima de nadie.

El que responde proactiva y personalmente y por eso se siente agradecido

Es interesante destacar que, fuera de la entrega de su casa, en las demás decisiones que van moldeando su vida la iniciativa la tuvieron otros y él la secundó. Tanto en la decisión de casarse por la Iglesia, como en la entrada a la Legión, como en la invitación a formar la rama masculina de la Legión, o a entrar en la Adoración Nocturna, o a hacerse diácono. También en el milagro es María la que toma la iniciativa de darle la taza de sancocho, en definitiva, de sanarlo, aunque en este caso él le había pedido la salud. Es claro que lo invitan porque ven en él capacidad y disposición para hacerlo. Y también lo es que él responde con toda el alma, personalmente.

Por eso cuando le preguntan qué es lo que más aprecia de él mismo, responde: “yo lo que aprecio más de mí es el haberle dicho que sí a la Santísima Virgen, el haber respondido al llamado de Dios, a ese Dios que me llamó”. Lo que más aprecia es haber respondido. El ser humano tiene tres dimensiones: individuo, sujeto y persona. Como individuo es ese ser indivisible, único, que es, aunque no está hecho y tiene que desarrollar sus potencialidades. Como

sujeto él es responsable, en último término, de sí mismo, de su vida, de lo que ha llegado a ser con sus acciones y omisiones. Como persona se define por las relaciones horizontales, gratuitas y abiertas de entrega de sí, en principio respondiendo a la entrega de otros que lo han puesto en la existencia y lo han ayudado a ser lo que es. Por eso como personas somos, ante todo, hijos y luego hermanos. Él lo que más aprecia de sí es, según esto, su condición de persona en ese sentido trascendente de recibir de Dios y de corresponderle, no como un contrato ni para merecer, sino con la misma libertad, gratuidad y esplendidez con la que ha recibido, dentro, claro está, de sus posibilidades, obviamente limitadas. Ahora bien, al tratar de corresponder personalmente desarrolla plenamente su individualidad y ejercita eximamente su responsabilidad.

Ante la insistencia del entrevistador para que diga más cosas, él no habla de otras, como se le pide, sino que recalca el haber vencido todos los obstáculos para seguir el camino en que Dios le puso: "El haberme vencido a mí mismo, el haber aceptado ese reto y vencido esos obstáculos y haber seguido ese camino que Dios me puso. Y yo creo que, si le hubiese dicho que no a Dios, ése hubiese sido el gran resentimiento de mi vida. Yo me siento feliz de haber seguido el llamamiento que Dios me ha dado".

Como se ve, para él la iniciativa la tuvo la Virgen y en definitiva Dios, que para él es también Jesús, y lo de él fue responder con todo lo que él tenía. Ahora bien, reconoce que tuvo que vencer obstáculos y sobre todo vencerse a sí mismo para seguir en el camino que Dios le puso. Y que responder, venciendo a sí mismo, es lo que le trajo la alegría con que vive.

Él no suele referirse a los obstáculos y menos internos; por eso este apunte es muy revelador. La predisposición a vivir abierto a la realidad, a responder proactivamente a los retos que ella le presenta, que aparece desde su relato de la experiencia de su niñez, no podemos entenderlo como algo automático que meramente le nacía, sino como un esfuerzo sostenido que se vuelve hábito, en el sentido más trascendente de libertad corporeizada, hasta llegar a ser fidelidad, lo que se logra cuando la acción es tan constante e intensa y siempre en la misma dirección, que para un observador parece que es naturaleza lo que es un actuar incesante desde lo más profundo del ser. La resonancia interior de ese actuar fiel es la alegría, la felicidad.

Le preguntan qué siente cuando le dicen que en otros países se cuenta su historia y hablan de él y lo ponderan y hasta escuelas llevan su nombre. Él responde aludiendo, no a lo que hizo, sino a lo que Dios hace en él, no sólo como respuesta a lo que hizo por Dios sino, antes que eso, para que pudiera

hacerlo. Él siente la desmesura del actuar de Dios en él; se siente avergonzado al comprobar cómo Dios se ha volcado en él: “yo me siento avergonzado de ver lo que Dios hace con uno. Es que uno es nada, un pobre campesino insignificante, y que Dios lo ha llamado. Y yo digo: Dios mío, ¿por qué has hecho esto conmigo?, ¿por qué tantas cosas?, es demasiado lo que nos has dado. ¿Qué he hecho yo, que puse la primera piedra en Fe y Alegría? ¿Cuántos han puesto su piedrita también como yo! Y ¿por qué yo, Dios mío?”. Al hacerse cargo de que fue Dios el que lo eligió a él, se pregunta ¿por qué me tocó empezar a mí, cuando tantos otros contribuyeron después con lo que tenían como hice yo? Ve que son cosas de Dios, no mérito de él: “Entonces yo me siento más pequeño y digo: *‘Dios mío, que yo me sienta como el más pequeño servidor de Fe y Alegría, de todos los que han puesto su granito de arena’*”.

Por eso lo que tiene y quiere decir a los que dan dinero y sobre todo tiempo a Fe y Alegría, es que vivan agradecidos porque han podido corresponder a Dios con lo mejor de sí y así se capacitan para disfrutar con todo lo que él nos da constantemente, que es cada cosa y a su Hijo y a sí mismo: “todo lo que ellos hagan por Fe y Alegría Dios le pagará el ciento por uno y que la felicidad está no en tener sino en darse. Y si ellos dan su tiempo, que es lo que vale más que el dinero y que todas las cosas, vivirán con una gran alegría de haber hecho algo en el mundo, de haberle pagado a Dios tantas cosas que nos ha dado; de darle gracias a Dios por la mañana cuando uno respira, por el agua, por la vida, por la encarnación, por la Eucaristía, darle gracias a Dios por Fe y Alegría”. La felicidad está en darse y darse es corresponder a lo que nos da Dios incesantemente, teniendo en cuenta que es mucho más lo que se nos da que lo que damos. Por eso damos con agradecimiento. Y además dar da alegría, que vale inmensamente más que la satisfacción que proporciona el poseer, dos direcciones vitales contradictorias. Para Abraham es gracia de Dios comprenderlo y vivirlo así a plenitud.

Por todo lo dicho me parece que Abraham Reyes es un verdadero paradigma, es decir, un auténtico modelo, ante todo del emigrante del campo a la ciudad, y en la segunda parte de su vida paradigma de la entrega personal a la Virgen, a Dios y a los pobres. Paradigma, es decir, modelo, que eso decimos que es un santo.

ITER - AKME

ACUERDO ENTRE ITER Y LA DIÓCESIS DE WILLEMSTAD



En Agosto del 2013 Monseñor Luis Secco, Obispo de la Diócesis de Willemstad, estableció la fundación Akademia Katólíko Mgr. Ellis (AKME). El objetivo principal de esta academia es rescatar los valores Cristianos (católico) en las sociedades que constituyen la Diócesis de Willemstad. Enfoque primario en las gestiones que resultan de este objetivo son los jóvenes que forman parte de estas sociedades. La Diócesis de Willemstad consta de 6 islas, Aruba, Bonaire, Curazao, San Martín, Saba y San Eustacio. La sede del Obispo se encuentra en la ciudad de Willemstad, capital de la isla de Curazao.

Durante los años que han transcurrido, las normas y valores Cristianos en estas poblaciones conocieron fuertes retos y en la visión del Obispo Luis Secco era necesario realizar un acto considerable para dar inicio a un proceso de renovación social y espiritual. Bajo dirección de una directiva la academia ofrece diferentes programas de formación como vehículos para lograr sus metas educativas y transformativas. Ya están en camino un curso para formar Diáconos Permanentes y cursos sobre la Santa Biblia para la población en general de la Diócesis que por mayoría son católicos.

El 24 de octubre último AKME y ITER firmaron un convenio de colaboración bajo el cual arreglan estas dos instituciones gestionan un curso Postgrado de Teología que se inauguró en la misma fecha. AKME e ITER tienen la firme intención de ofrecer paulatinamente más y diversas posibilidades educativas para la Diócesis de Willemstad.